

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL RAYO DE SATANAS

O POR EL AMOR DE UNA
HIJA



MAUCCI H.^{os} MÉXICO

*** BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO ***
Tercera serie.— Después de la conquista

EL RAYO DE SATANÁS

Ó

Por el Amor de una Hija

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900



El rayo de Satanás



Entremos ahora á lo que es la capital de la Nueva España, mis buenos lectores.

Acerquémonos á la ciudad de México...

¿A quien vamos á acompañar?...

A un anciano muy raro, vestido á la usanza española; pero de aspecto indio: ¡es un *tlaxcalteca* recién convertido á la religión cristiana!

Se llama *Nalsualcoltzin*; más bien dicho, así se llamaba hacía tiempo; cuando era un idólatra, allá cuando sucedieron los atroces acontecimientos de la conquista de México por los españoles.

¿Qué viene á hacer en la capital del antiguo Imperio de *Anahuac* el terrible y también antiguo jefe *tlaxcalteca*?

¿De dónde viene?... Ya lo vais á saber... por boca de un buen viejo mexicano.

*
* *

¡Ved, amiguitos las curiosas gentes que se aglomeran allá por la calzada de *Tlacopan*-- hoy de Tacuba--presenciando la entrada del caudillo misterioso que aun siendo *tlaxcalteca*, es decir, enemigo irreconciliable de los mexicanos, supo llevar sus huestes á los campos de batalla, combatiendo siempre contra los conquistadores, contra los mismos españoles que fueron después los más amigos de sus compatriotas...

—Vedle, vedle!... gritaban en mexicano los pobres indios que vivían en chozas miserables, convertidos en esclavos, allá fuera de lo que se llamaba entonces *la traza*, y que dividía el barrio central donde estaban los palacios de los triunfantes españoles, de los barrios del exterior, donde en infectos y desordenados montones se aglomeraban los pobres vencidos.

*
* *

—Oh! vedle, es el valiente de los de *Tlaxcatlan* que después de habernos hecho la guerra durante muchos años y nos arrancó centenares de prisioneros, después pasó á combatir con nuestro amado príncipe difunto Cuanhtemoc, aliándose al fin con él, para defender la patria... ¡Jamás pudieron los que ahora son nuestros amos, vencerle ó apoderarse de él!... ¡Era el más bravo y el más indomable!... Se resistió él solo días y noches, defendiendo un *teocalli*, y cuando cayó *Tenochtitlan* hecha

fuego, polvo, lodo, sangre y cenizas entre escombros de piedra y torbellinos de humo, entonces, cuando creían sus enemigos que se iban á apoderar de él y quemarlo... no encuentran sino su macana despedazada, roto su *chianalli* terrible... y pedazos de su soberbia armadura de águila, la misma que Cuanhtemoc le había regalado aquella noche, que nuestros amos nombran desde hace tiempo la *Noche triste!*... ¡Y después, ah! después los buscaron por todas partes hasta que por fin saben que con otro nombre combatía allá entre las Sierras Mixtecas, derramando á torrentes la sangre española, cada día más lleno de odio y de venganza para los que en su querida *Tlaxcala*, cuando en compañía de su amigo *Xicotencatl*, (1) iba á resistir con furia!... mas he aquí, hijos míos, que sabe que los señores y aun el mismo padre de *Xicotencatl*, el anciano del mismo nombre, decretando paz con los que

(1) Léase los episodios de la segunda Serie referentes á *Xicotencatl*.

llamaban ¡¡*hijos del Sol!*! y entonces el guerrero vuelve á su palacio y encuentra allí una turba de enemigos blancos que se hacen due-



ños de lo que era del bravo capitán *tlaxcalteca*... ¡El se precipita sobre ellos, indignado y furioso; pero los otros están vestidos de

hierro; son más fuertes, lo sugetan, lo amarran contra un árbol corpulento en su misma huerta... y delante de él se llevan todos sus tesoros, sus armas, sus piedras preciosas, sus trajes magníficos y cuanto había que valiese algo... pero además de todo eso... se llevaron los españoles... ¡A su hija, á su adorada hija *Xilintl!*... Por eso desde entonces el guerrero juró por sus dioses y por su vida el exterminio de aquellos que se llevaban lo que más amaba en el mundo... y por eso fué que se pasó al instante con los nuestros yendo á unirse con las huestes de nuestro amado *Cuanhtemoctzin* á quien sacrificó *Malinche!*

¿Y sabéis por qué lo amaron nuestros hermanos y padres que murieron libres en esta ciudad que es hoy odiosa mansión de esclavos y amos y antes era preciosísima capital de fuerte y rico imperio, sabéis porqué le amaron? ¡por la fuerza de su brazo, por el amor de su hija, por el amor á la raza nuestra, á nuestra raza *nahuatl* que agoniza, porque no ha podi-

do sucumbir de golpe; porque ese caudillo, aunque *tlaxcalteca* era un genio de guerra, un portento de arrojo!... ¡porque había jurado el exterminio de los verdugos de su hija!... ¡Los españoles les nombraron con terror

¡EL RAYO DE SATANÁS!...

¡Era, oh! hijos míos, oh mis pobres compañeros de esclavitud y desdicha que nunca tendrá fin, sino en la muerte, que no podían ni pudieron jamás dominarle... ¡era que en las noches, cuando más seguros se creían en sus fortificaciones, dentro de sus mismos campos, cuando se hallaban en más calma, sentían un estruendo atroz y oían un grito formidable que rugía:

¡*Mictlan!* ¡*Mictlan!*

Y ya sabéis lo que los españoles entendían por esos gritos... Para ellos, para ellos que no esperaban ese ataque; pero que sabían que era el furor de un ser lleno de ansias de venganza y delirio de muerte, para ellos significaba.

¡Infierno!... ¡Infierno!... Entonces sin aprestarse á la resistencia, creyendo inútil sacar las espadas ó ponerse en guardia, echaban á correr, persignándose y rezando sus oracio-



nes pues creían que efectivamente era el diablo el que les sorprendía y quien venía dispuesto á exterminarlos!...

¡Parecía que aun sus mismos dioses les castigaban!

—Luego cuando veían en los combates su armadura negra, y oían sus gritos «¡Mictlan! ¡Mictlan! respondían temblando ¡Infierno! ¡Infierno!... Por eso comprenderéis con que terror hablarían del *Rayo de Satanás*... Hacía ya muchos años que no lo veían después de que escapó de los incendios y derrumbes de nuestra antigua y querida ciudad de Tenochtitlan, y aun después de que se creyó que combatía en las altas y abruptas Sierras de los elixtecas, ó ya en las provincias rebeldes... En todas partes cuando algún español amanecía asesinado, sus compañeros exclamaban.

—Sin duda, sin duda. ¡El Rayo de Satanás lo mató!...

Y en efecto, amigos míos, oh mis buenos compañeros de infortunio, el mismo caudillo *tlaxcalteca* que ya sabía el castellano y que lo escribía, les arrojaba pergaminos donde debajo de la figura de un águila negra que de sus

garras hacía saltar relámpagos color de sangre, él ponía:

«¡*El Castigo de los asesinos!*»)... ¡Era él!... Mas he aquí... que se anuncia que llega de lejanas tierras... de allá tras de los mares á donde fué disfrazado con misterio para ir á hablar con el Gran Sacerdote de los *católicos* nuestros amos... y que, el *Papa*, como le nombran escuchó su confesión y le perdonó... que fué á ver al Rey, que es hoy nuestro nuevo y verdadero Señor, después de que nos abandonaron nuestros dioses, al cumplirse lo que predijo á nuestros padres el grandioso *tlue-mac* y el portentosísimo y divino *Quetzalcoatl*..... y dicen que también el Rey de nuestros amos lo perdonó... y que, orando, vuelve á estas tierras... en pos de su hija, que no fué muerta, sino cuidada por sacerdotes buenos»... ¡Ese que visteis pasar, de aspecto como el nuestro, pero montando á caballo, y con traje á usanza de nobles hidalgos españoles, no es otro, ya os lo expliqué bien, que el mismo

caudillo *tlaxcalteca*, llamado *Nahualcoltzin*, el guerrero más bravo de *Tlaxcatlan*, el compañero y digno amigo del príncipe *Xicotencatl*, quien también fué patriota y á quien mandó ahorcar don Hernán Cortés..... Ese mismo es el que hizo derramar á torrentes sangre enemiga... el que fué el terror de los españoles nuestros amos... fué el llamado por ellos «¡El Rayo de Satanás!»... Ahora vuelve convertido y lleno de arrepentimiento, vestido de noble... ¿por qué?... ¿Será por el amor de su hija, casada con un conquistador, su hija doña Blanca, que le llamó y le hizo perdonar?... ¡Quien sabe!... Pero» ..

*
* *

Allá en la calzada de *Tiacopan* ó de Tacu-

ba un grupo numeroso de pobres indios,—que antes fueron ricos señores,—escuchaban



al anciano *azteca* que era su jefe y les dirigía
en el trabajo de abrir zanjas y acarrear fango,

pero que él, como todos los de su cuadrilla, estaba sujeto á un *capataz* español que les castigaba con duros látigos que les hacían saltar la sangre... como el capataz se había distraído viendo pasar al extraño personaje noble,—pero azteca,—el anciano de la cuadrilla pudo haber contado la relación anterior refiriendo la historia de aquel *Rayo de Satanás*, convertido por el llamamiento de su hija á quien creía muerta á manos de los españoles, en un buen cristiano, el que según cuenta el fin de esta leyenda fué un santo varón, que se hizo peregrino y ermitaño viajando entre las Sierras mexicanas...

*
* *

Sin embargo el pobre viejo que contó á su cuadrilla aquella historia sufrió veinte latiga-

zos en el rostro por haber dejado el trabajo
unos minutos...

¡Qué horrible época!

FIN

Fray Bartolomé de las Casas
La Púrpura de la Traición
El Fin de un Héroe
El Incendio de un Alma
El Palacio de Coyoacan
El Rayo de Satanás
El Fantasma Carnicero
La Ciudad Subterránea
Las dos Princesas Sublimes
El Tazón de Oro lleno de Sangre
El Principio del Siglo en México
El Grito de Libertad
El Rayo de la Guerra
El Héroe del Sur y el abrazo de Acatempam
La Libertad de Mexico
Miguel Hidalgo y Costilla
El Héroe de Cuautla José María Morelos
Once Años de Guerra
La Victoria de Tampico
Los Héroes de la Guerra
Glorias del Pueblo ó el Hombre Cureña
El Año fatal ó los desastres de la Patria
La Invasión Norteamericana
La Guerra de Texas y la Heróica Veracruz
El Triunfo del Coloso y los Tratados de Paz

171